AINARA GUEZURAGA

EL PSOE EN EL LABERINTO

Una historia de traición y ambición

Ainara Guezuraga

El PSOE en el laberinto

Una historia de traición y ambición

© Ainara Guezuraga Gabicagogeascoa, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2017

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

www.temasdehoy.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-9998-525-1
Depósito legal: B. 5.189-2017

Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

1. «Un nuevo reinado en el PSOE» 11
2. El carácter del escorpión 27
3. «Pedro no tira» 47
4. Se le borra la sonrisa 65
5. Pacto con el Grupo PRISA 79
6. De la necesidad, virtud 93
7. «Pedro solo tiene una bala»… y Susana, la pistola 111
8. El abrazo del oso 131
9. La cena con el marciano 145
10. Condenado al fracaso 157
11. De derrota en derrota… 173
12. La caída del Imperio 193
13. El Comité Federal de la vergüenza 209
14. «No estoy muerto, estoy aquí» 225
15. «La política es así» 237

Índice onomástico 251

1
«Un nuevo reinado en el PSOE»

> No se requiere mucha fuerza para levantar un camello, no es necesario tener una vista aguda para ver el sol y la luna, ni se necesita tener mucho oído para escuchar el retumbar del trueno.
>
> Sun Tzu, *El arte de la guerra*

En el domicilio de los Sánchez-Gómez se respira cierto nerviosismo. Es jueves, hace calor en Madrid y desde primera hora, en su casa de Pozuelo de Alarcón, presienten que va a ser un día importante. Pedro Sánchez rebusca en su armario, elige un traje negro y una corbata morada. En poco más de una hora va a asistir a la proclamación de Felipe VI. No todos los días se tiene la oportunidad de ser testigo directo de la historia, pero su cabeza está en otra cosa. Son muchas las expectativas puestas en lo que intuye que va a pasar esa misma tarde, pero le falta la certeza.

Una llamada, pocos días antes, le había dejado descolocado, entre intrigado y esperanzado. Él todavía no lo sabe, pero está a punto de cruzar su particular Rubicón.

Ese 19 de junio de 2014, en el Congreso de los Diputados, Sánchez vive de cerca la solemne coronación de don Felipe de Borbón y Grecia. Es un nuevo tiempo para España, que sufre una crisis institucional que afecta incluso a la Casa Real.

El patio no es el lugar más acogedor de las Cortes, con esa corriente de aire tan molesta, gélida en invierno y abrasadora en verano, pero a Pedro le gusta: siempre hay alguien charlando, conspirando, hablando por el móvil o, sencillamente, fumando. Es uno de los sitios preferidos por políticos, periodistas y visitantes.

En medio de la explanada, los trípodes de las cámaras de las televisiones se recortan en las paredes de piedra gris y, en un rincón, se ve charlar animadamente a Pedro Sánchez con Alfonso Guerra. No hay confidencias, tan solo conversaciones banales sobre lo que está a punto de suceder en el Hemiciclo.

Sánchez siente el estómago encogido, una sensación de presagio que le es familiar en momentos importantes. Esa molestia va en aumento según se va acercando la hora, momento en el que decide cambiarse de ropa. Para la cita de la tarde tiene preparado el «uniforme de campaña», con el que ha recorrido media España en su Peugeot 407 en busca de apoyos: su habitual pantalón vaquero y la camisa blanca —se remanga un par de vueltas la tela para que quede por debajo del codo, como le gusta llevarla. Carga en su fuerte espalda la inseparable mochila que, es consciente, le da ese aspecto juvenil. Así se dispone a acudir a la reunión a la que ha sido convocado, una cita peculiar; todavía no sabe ni a dónde le van a llevar ni para qué, solo conoce la hora. Los que la organizan han tenido la precaución de no dar más pistas para evitar que utilice esa información contra su contrincante, Eduardo Madina.

Está inquieto, la temperatura en la capital supera los 30 grados, y llega con la camisa pegada al cuerpo, puntual, a la Plaza de Neptuno. Ha quedado allí con el líder de los socialistas madrileños, Tomás Gómez. Se sube en el coche y se dirigen hacia la A-5. Pedro observa cómo el vehículo se desvía en el barrio de

Campamento hacia Pozuelo de Alarcón, instante en el que le viene a la mente, por un segundo, la imagen de su mujer esperando noticias.

Begoña, su esposa, no sabe que la reunión secreta se va a celebrar a solo cinco minutos en coche de su propia casa. El lugar que han escogido es el AC Hotel La Finca, una gentileza del empresario Antonio Catalán, propietario de la cadena. Su amistad con el expresidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, le ha llevado a ceder por una tarde su despacho para que los protagonistas gocen de mayor intimidad, lejos de miradas indiscretas. Uno tras otro van entrando los coches oficiales por el garaje. En el hotel no hay nadie más, siquiera un par de camareros para atender a los invitados.

Zapatero es uno de los cinco asistentes, pero no en calidad de anfitrión: en esta ocasión ha aceptado ejercer el papel de fedatario. Pedro Sánchez es un absoluto desconocido para él; tan solo han coincidido dos veces en su vida, la primera cuando se «lo mandó» Pepe Blanco. Pedro es uno de los llamados «chicos de Pepe», un grupo de jóvenes políticos del que forman parte también Antonio Hernando y Óscar López y que medran bajo el paraguas del gallego. La segunda, por la vía de su otro padrino, Miguel Sebastián, a quien el madrileño conoce desde hace más de una década y que incluso ha llegado a echarle una mano con la tesis doctoral.

En el despacho todo está preparado: la mesa huele a la limpieza que da la cera nutriente de la madera, las alfombras parecen recién aspiradas y los vasos apenas sacados del lavavajillas. En la sala, decorada de manera funcional, correcta, con un toque de modernidad para que no llame la atención, tan solo destacan algunos detalles personales del usuario habitual: fotografías familiares y recuerdos de sus viajes por el mundo. Tiene dos

ambientes bien diferenciados. Al fondo, a la derecha, la mesa de trabajo, y en el centro del despacho hay otra cuadrada, más robusta, de reuniones, de color madera oscura, sin un rasguño. Es evidente que la actividad principal del titular se desarrolla principalmente fuera de allí.

Alrededor de la mesa grande se van sentando los tres barones socialistas: la andaluza Susana Díaz, que lleva la voz cantante, el madrileño Tomás Gómez, y el valenciano Ximo Puig, que la flanquean. Toma asiento Pedro Sánchez y, a su izquierda, presidiendo, José Luis Rodríguez Zapatero, que lo hace en último lugar tras servirse una Coca-Cola.

Rompe el hielo Susana Díaz, la única mujer en este «cónclave», que abre la conversación:

—Pedro, tú elige si quieres ir en un bote o en el *Queen Mary* (el transatlántico más grande del mundo, refiriéndose a las federaciones de Andalucía, Madrid y Comunidad Valenciana).

—Nosotros somos el *Titanic* —Ximo Puig retoma esta poderosa idea en otro momento de la charla.

—No, nosotros somos el *Queen Mary,* que el *Titanic* se hundió —le corrige, rápida, Susana Díaz.

Con este símil la andaluza deja claro que lo que ellos tres decidan puede inclinar la balanza en uno u otro sentido, que quienes ahí se sientan representan la mayoría del PSOE.

En la mesa se acumulan abundantes botellas de agua, la mayoría casi vacías. Pedro observa a los otros cuatro, atento, callado, en ocasiones ausente. Toca constantemente el teléfono mientras lo sostiene con las dos manos —es un gesto muy suyo—. Sánchez ha revelado, tiempo después, que es adicto al móvil.

El grupo ha tomado muchas precauciones para que ni la reunión ni su contenido transciendan a los medios de comunicación; por eso, el primer acuerdo al que llegan es el de mante-

ner el encuentro en privado. La respuesta de Sánchez despeja las dudas:

—A quien menos le interesa que se conozca es a mí. Quiero dibujar mi perfil como el candidato de las bases.

—Correcto —sentencia la sevillana.

Antes de traspasar la puerta de ese hotel e iniciarse la reunión, Pedro Sánchez era consciente de que tenía nulas posibilidades de ganar las primarias. Hasta este momento contaba con el apoyo de las minorías más minoritarias de las federaciones: calculaban sus nuevos aliados que un 3 % de los votos. Pero cuando sale por la puerta del despacho, más de tres horas después, una vez acabada la reunión, ya es el próximo secretario general, *de facto,* del PSOE.

Tiene cuarenta y dos años, se sabe en lo mejor de la vida y cree en la suerte. En el estado de su WhatsApp ha puesto varios emoticonos, entre ellos un balón de baloncesto, una de sus aficiones, pero también un trébol, símbolo de la buena fortuna, como si con eso uno pudiera cambiar el porvenir.

Furtivamente, antes de marcharse del hotel, escribe algún mensaje. Con toda probabilidad a su mujer. Ambos llevan días impacientes, soñando con el giro que les puede ofrecer la vida si de verdad le proponen lo que tanto ansían. La cabeza le da mil vueltas, porque resulta que estaba en lo cierto. La maquinaria se pone en marcha. Y este es un proyecto de los dos.

Al llegar a casa, es lo primero que le pregunta Begoña:

—Entonces, ¿Susana quiere que seas tú?

—Sí, secretario general.

—¿Y la candidatura a la Presidencia del Gobierno?

—De eso no hemos hablado —confiesa Sánchez.

—¿Y eso es bueno o malo para ti?

—Es bueno, porque nadie me ha pedido que renuncie.

No solo Sánchez se muere de ganas por comentar lo ocurrido; los barones también están impacientes por saber si todos han tenido la misma impresión:

—Ha ido bien la cosa. Ahora, manos a la obra para ganar este congreso, que es lo que toca. Y cuando se acerquen las elecciones, ya se decidirá quién es el candidato.

Dan por hecho que no es necesario plasmar por escrito los términos del acuerdo, que Sánchez ha dado su palabra, y al primero, al expresidente del Gobierno, a quien se le supone la autoridad y por eso se le pidió que actuara como «notario».

Estas dos interpretaciones del silencio darán lugar a una lectura interesada y serán el origen de la guerra posterior.

Pedro Sánchez no duda ni por un segundo en subirse a ese tren en marcha, pues sabe que no va a volver a pasar. Los secretarios generales de tres poderosísimas federaciones del PSOE le han puesto en bandeja una oportunidad de oro.

Sánchez es producto de una carambola: no le han elegido porque vean en él rasgos de liderazgo y, si esa reunión ha tenido lugar, ha sido como consecuencia de la verdadera pugna política que lleva fraguándose desde hace semanas entre Susana Díaz y Alfredo Pérez Rubalcaba. El todavía secretario general del PSOE, ya en la casilla de salida, no ha perdonado que la andaluza haya dado la puntilla a su carrera política y, aún hoy, quiere vengar que dos años antes se posicionara al lado de su contrincante, Carme Chacón, en el congreso que se celebró en Sevilla.

Rubalcaba sabe que Díaz ambiciona ser secretaria general del PSOE, y por eso tiene sus ojos puestos en Eduardo Madina, en el que vuelca toda su inteligencia. Días antes de la reunión en el AC Hotel La Finca, el 28 de mayo de 2014, un periodista presencia un encuentro entre los dos políticos en una terraza del centro de Madrid. Absorto en una intrigante conversación, Ru-

balcaba, con una voz inaudible para quienes ocupan las mesas de alrededor, no deja de mirar de reojo a ambos lados, mientras Madina le escucha atento.

Al tiempo, a favor de Susana Díaz trabaja en la sombra José Blanco. El exministro de Zapatero coordina en privado una acción que cree infalible para que ella sea elegida por aclamación. Muchos de los dirigentes territoriales con los que contacta coinciden con él en el análisis:

—Hemos pensado que si salís en bloque la mayoría de los secretarios generales regionales, Edu va a entender que el partido está con Susana y se puede evitar una guerra. —Esta es la idea central que Blanco repite como un mantra en cada una de esas conversaciones.

El miércoles 28 de mayo, en Sevilla, Susana Díaz escucha con atención cómo los medios están contando la noticia. Aluvión de dirigentes territoriales —ocho— dan la cara para pedirle que lidere el PSOE. El valenciano, el madrileño, el castellano-manchego, el aragonés…, incluso el riojano César Luena, le animan con frases como que «el partido necesita un liderazgo fuerte», que Díaz «tiene la obligación moral» de asumirlo o que «tire del carro».

Patxi López también está con ella. Le habría gustado presentarse a él, pero no ha conseguido convencer a Eduardo Madina para que desista y queda a la espera de mejor ocasión. Para terminar de atar esa alianza, Díaz ha citado a López a comer en el Palacio de San Telmo, la sede del gobierno de la Junta en la capital hispalense. El vasco, que va camino de Sevilla en el AVE, y la andaluza, no consiguen congeniar por más que se han esforzado para que eso suceda, aunque ahora ella cuenta con su apoyo.

A esa hora, Susana, además, tiene otro as en la manga. Pedro no va ser un problema en esa operación política para encum-

brarla, pues él ya se ha encargado de hacerle saber que, si es necesario, «vende» su candidatura. Ella sabe que el precio a pagar es un buen cargo cuando llegue el momento. Esto, confiesa una persona que forma parte del aún reducido equipo de Pedro Sánchez para las primarias, es una primera decepción, ya que le desilusiona descubrir que Pedro es más «frío» y «calculador» de lo que había pensado.

La contraofensiva de Alfredo Pérez Rubalcaba, pocas horas después de la jugada para elevar a los altares a Susana Díaz, resulta más eficaz. Al cántabro se le considera el estratega del órdago que lanza el vasco Eduardo Madina, y que termina por descabalgar a la andaluza:

—Solo valoraré la decisión de presentar mi candidatura si la elección se hace por voto directo.

«Un militante, un voto» es la condición que pone Madina y que rompe con la tradición de que el secretario general sea elegido en un congreso por varios cientos de delegados, lo que habría supuesto un paseo triunfal para Díaz.

Es un jarro de agua fría para el PSOE andaluz, que primero deja entrever su enfado, aunque pronto se da cuenta de que es contraproducente. Rubalcaba ha conseguido su objetivo, pero Díaz no está dispuesta a que ni él ni Madina se salgan con la suya.

La favorita de muchos se repone rápido. Es una mujer optimista a la que le gusta, por encima de todo, la estrategia política. Convencida de que su momento llegará, antes o después, manda a los suyos a explicar las razones de su paso atrás: que una presidenta autonómica no puede permitirse perder unas primarias, que por responsabilidad no debe poner en peligro el gobierno andaluz —IU, socio de gobierno, amenaza con que, si ella se va, no apoyará a otro candidato—. Además, Díaz aún no puede pre-

sumir de un triunfo en las urnas, puesto que ha heredado el cargo de presidenta de la Junta de Andalucía de José Antonio Griñán. No lo incluyen entre los argumentos, pero el que es definitivo para inclinar la balanza es su familia: «En último término, es su entorno más íntimo el que hace que no dé el paso. Son ellos los que no lo ven claro y se lo desaconsejan. Para ella, su familia es sagrada y se convence de que lo mejor es quedarse en Andalucía», comenta un socialista de la primera línea política a la que Díaz ha hecho esta confesión.

Con Susana Díaz fuera de la carrera, Pedro Sánchez ya no tiene dudas sobre si presentarse o no, incluso cree tener alguna posibilidad más. Cuando llega a Alcorcón, el 12 de junio, para oficializar su candidatura, todavía desconoce que va a ser la «opción B» de la andaluza, pero está animado. Habría preferido un sitio más lucido que el sótano de la agrupación, el local del partido en ese municipio de Madrid, pero es lo que hay. Al bajar las escaleras descubre que ni siquiera tiene cobertura en el móvil y que, después de remover cielo y tierra, los suyos tan solo han conseguido movilizar a cerca de un centenar de militantes. Le consuela el hecho de que le acompaña su familia: su mujer, sus padres y sus hijas. Hay prensa, pero ni a él ni a Begoña les molesta que las niñas salgan en los medios.

Rubalcaba, en ese momento, está preocupado. Se le han complicado las cosas; él, que había ganado la primera batalla dejando fuera a la andaluza, está a punto de quedarse sin candidato. Eduardo Madina nada en un mar de dudas y preocupaciones y, mientras tanto, su principal contrincante, Pedro Sánchez, le lanza ataques directos desde ese sótano del extrarradio de Madrid.

El diputado vasco tiene treinta y ocho años, ha soportado como ha podido todos los envites, pero sufre un último minuto

de vértigo. Está a punto de tirar la toalla. Aun así, queda para comer en el Hotel Urban, a pocos pasos del Congreso, con el líder de los socialistas castellano-manchegos. A Madina le gustan los sitios así, bien decorados, elegantes, acogedores, pero ese día hasta le parece que hace frío. No se siente con fuerzas, tiene ganas de llorar.

Emiliano García-Page sale de esa comida con la impresión de que «Edu está más cerca de abandonar que de seguir adelante», y así se lo hace saber a los principales defensores y detractores de la candidatura de su compañero de almuerzo, a Guillermo Fernández Vara y a Susana Díaz.

Madina se dirige al barrio de Salamanca para reunirse con uno de sus mentores, Fernández Vara, en el bar inglés del Hotel Wellington, donde los dos políticos charlan alrededor de una de las mesas redondas, sentados en los taburetes de este espacio tan *british*. El extremeño sale convencido de que le ha «levantado» el ánimo, y, antes de irse, le presenta a su hijo, que ha viajado desde Mérida a Madrid solo con el propósito de conocer a Eduardo.

La alarma salta de nuevo por la noche. El diputado Sánchez Amor llama al líder de los socialistas extremeños para alertarle de que Madina se ha vuelto a «rajar». Los dirigentes que están detrás de su candidatura ponen todo su empeño para evitarlo. El mismo Vara y el referente del vasco, el asturiano Javier Fernández, que ha apostado por él desde el principio, además de otros muchos que se han posicionado claramente a su lado, intentan convencer a contrarreloj al político, a quien describen «de bajón». Él está ofuscado.

—Buscad a otro. Con el loco de Pedro Sánchez enfrente, no me presento. ¡Está loco! ¿Es que no lo veis?

—Edu, compañerito, tu eres más conocido que Pedro. Los militantes están contigo, así me lo dicen. Puedes ganar… —son algunos de los argumentos del extremeño Vara para persuadirle.

El jefe de prensa de Madina, Daniel Bardavío, manda, apresurado, a última hora, un SMS con la convocatoria. Cita a los periodistas al día siguiente en el Senado, el lugar elegido para presentar su candidatura, en el pasillo de la Cámara Alta, junto al busto del socialista vasco Ramón Rubial, histórico presidente del PSOE.

—Muy buenos días a todas y a todos, y muchísimas gracias por acudir a este encuentro con la prensa…

Antes de terminar la primera frase, Madina necesita coger aire, siente que tiene la boca seca, la lengua de trapo. Sabe que se le nota la tensión. Como si fuera preso de un tic nervioso, dobla las mangas de la camisa, de color azul claro, a la mínima ocasión. Es una persona que se exige mucho a sí mismo y no lo está haciendo como le gustaría, ni mucho menos. La montaña rusa en la que ha estado subido en las últimas horas le pasa factura.

Desde entonces lleva grabada a fuego una dura lección, convencido de que pecó de ingenuidad al creer que podía ganar a la omnipotente federación andaluza.

En este desconcierto en el que se encuentra el PSOE, los dirigentes más importantes perciben que a algunos cuadros del partido no les convence ni Sánchez ni Madina. Es el caldo de cultivo en el que crece una tercera vía, la que porta la bandera del izquierdismo y de la ruptura con los tradicionales aparatos del partido, con el *establishment*, y que capitanea José Antonio Pérez Tapias, de la corriente Izquierda Socialista. Los líderes de la reunión en el Hotel AC La Finca saben que los apoyos a Tapias van en aumento, pero que por sí mismo no va a conse-

guir el porcentaje de apoyos necesario para poder medirse en las urnas. Pero temen que esos avales insuficientes se puedan convertir el día de las primarias en votos a Madina, así que diseñan una nueva estrategia, esto es, «prestárselos». Pérez Tapias, para poder competir, no pone objeciones. Las firmas que le faltan salen del PSOE andaluz y madrileño.

Así es como tres socialistas tan dispares pelean por hacerse con la Secretaría General de un partido centenario y como da comienzo una campaña en la que no faltan los ataques soterrados y el juego sucio. Pérez Tapias va por libre, y Sánchez y Madina se vigilan de cerca. Es difícil discernir en esta batalla dónde acaba lo político y empieza lo personal.

El miércoles anterior a las primarias, Pedro Sánchez aún no había desayuno cuando, en su teléfono, se acumulaban llamadas pérdidas y mensajes. Marca el número de uno de sus asesores para ver qué pasa y este le informa de que un periodista de *El Confidencial* se ha puesto en contacto con él:

—Han filtrado a la prensa que eras consejero de la Asamblea de Caja Madrid cuando la emisión de las preferentes. Dicen que lo has escondido y que lo van a publicar mañana.

—¿Sabemos quién lo ha filtrado? —pregunta Sánchez, que intuye de dónde ha salido esa información.

—Es de suponer —le contesta su interlocutor, dando por hecho que forma parte de «la guerra sucia» de la otra candidatura.

En la noticia del día siguiente y de los días posteriores, elconfidencial.com cuenta que «Pedro Sánchez oculta en su biografía oficial su vinculación pasada con Caja Madrid, entidad de la que formó parte entre 2004 y 2009». También desvela que él y su mujer «contrataron una hipoteca con una bonificación del 30 % sobre el interés por ser miembro de ese órgano», y más

adelante, por correos electrónicos intervenidos a Miguel Blesa, que «Caja Madrid regaló un televisor de 32" y un iPod de Apple en la Asamblea de la que Pedro Sánchez era miembro».

Para entonces, Sánchez ya había intentado dañar a Madina. No fue casualidad que, en el único debate a tres de la campaña, que se celebró en la sede socialista de Ferraz, la pregunta que formuló uno de los militantes invitados por Sánchez fuera sobre las puertas giratorias. La mujer del diputado vasco trabaja en Telefónica. A Madina le molestó especialmente que se utilizase a su familia para desprestigiarle.

Según se acerca el final de la campaña, se van perdiendo las formas y se llega al ataque personal. En privado, Madina critica que Sánchez solo es un físico atractivo, que no hay más donde rascar, y ya casi ni pronuncia su nombre del rechazo que le provoca: «El candidato ese que está todo el día mirándose al espejo» es como se refiere a Pedro en la mayoría de las ocasiones.

A Sánchez, estas alusiones a su belleza le provocan carcajadas. Ya se ve ganador. Y, además, no le fastidia, a pesar de que tiene claras las intenciones de quien le puso el mote de Pedro, el Guapo. Fue el entonces presidente del Congreso, José Bono, en 2010, en la cena de la Asociación de Periodistas Parlamentarios.

Algunos concluyen que Bono busca «tener un caballo en el hipódromo» en el hecho de que quien fue durante muchos años su jefe de prensa, José Luis Fernández, *Chunda,* es quien se hace cargo de la política de comunicación de Pedro Sánchez durante esta etapa. Pero Pedro se deshace de Chunda una vez que consigue el poder. La excusa que esgrime para apartarle de su lado es que no está bien visto en las direcciones de varios e importantes medios de comunicación.

Pero lo que durante estos días le quita el sueño a Sánchez es que salte la noticia de los presuntos negocios oscuros de su suegro. Su familia política es su talón de Aquiles. Llega a decir:

—Lo que no consiento es que a mi mujer se la meta en todo esto.

Para su alivio, «el secreto» sale a la luz tiempo después y tiene poca repercusión mediática. Su suegro, Sabiniano Gómez, era propietario de varias saunas gais en Madrid, una en la calle Concepción Arenal y otra en la calle San Bernardo. Lo confirman varias resoluciones judiciales que publica el digital Vozpopuli.com. El suegro de Pedro Sánchez aparece como responsable civil subsidiario de la Sauna Adan por el desgraciado fallecimiento de un fontanero aficionado en el cuarto de contadores del negocio. Y el otro caso en el que consta su nombre tiene que ver con el exconcejal de Urbanismo del Ayuntamiento de Palma de Mallorca, Javier Rodrigo de Santos, del Partido Popular, que se gastó de las arcas públicas más de cincuenta mil euros en clubes de alterne homosexuales, entre ellos, y como hecho probado, la sauna «Sabiniano Gómez Serrano».

Cuando se hace público, el entorno de Sánchez se apresura a asegurar que, cuando él y Begoña oficializaron su relación, los negocios del suegro ya habían cesado. La pareja contrajo matrimonio en 2006, en régimen de separación de bienes, y la visita del exconcejal al local coincide con el año de la boda.

Pero esta no es la razón fundamental por la que la mujer de Sánchez genera rechazo en el PSOE. A su esposa la describen como sumamente ambiciosa, más incluso que él, muy seductora y con una fuerte influencia sobre Pedro. «Ella es la más crítica», no ha dudado él en confesar sobre su pareja.

Begoña, que desde hace dieciséis años forma parte de una empresa de multiservicios, es ascendida a directora general cuan-

do Pedro Sánchez llega a la Secretaría General del PSOE. Ella se centrará cada vez más en la carrera de él, incrementando de manera notable su presencia en la vida política de su marido. Llegará a ser incluso coprotagonista en alguno de los actos del partido, un hecho que irritará a muchos, ya que esto nunca ha formado parte de «la cultura del PSOE», ni tiene razón de ser, según los que lo critican.

Un destacado dirigente socialista hace una comparación que a partir de este momento corre como la pólvora de boca en boca:

—Se creen los Obama de España.